

HISTORIA DE LAS IDEAS: UNA REVISIÓN DE CRITERIOS

PRISCILA PILATOWSKI GOÑI
Y ROBERTO MORA MARTÍNEZ

FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS IDEAS, ¿DISCIPLINAS CONTRAPUESTAS?

En calidad de integrantes de un grupo de investigación que emplea las propuestas metodológicas de historia de las ideas como herramientas fundamentales para conocer en la historia cómo los latinoamericanos “se han visto a sí mismos y cómo concibieron sus aspiraciones y proyectos”,¹ consideramos necesario conocer cuál ha sido el aporte de nuestros teóricos a este ámbito del conocimiento.

En esta ponencia tomamos como punto de partida la reciente edición del libro de Mario Magallón Anaya y Horacio Cerutti Guldberg, *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?*² cuyo subtítulo nos pareció extraño, ya que no nos podíamos imaginar que se considerase a los trabajos de Historia de las Ideas como un saber agonizante en nuestro quehacer intelectual.

Con base en la lectura de los trabajos constatamos que, principalmente, el primero de ellos está dirigido a cuestionar el quehacer filosófico institucionalizado, cuyos exponentes en América Latina³ aún consideran que debe constituirse como

¹ Mario Magallón Anaya, “Criterio historiográfico para una historia de las ideas en América Latina”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 62 (marzo-abril de 1997), p. 88.

² Mario Magallón Anaya y Horacio Cerutti Guldberg, *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?*, México, UCM/Casa Juan Pablos, 2003, 181 págs.

³ Es oportuno señalar que en México algunos de los filósofos que cultivan la Filosofía Analítica, se han percatado que ni en Inglaterra ni en Estados Unidos

un filosofar *strictu sensu*, esto es: "racionalidad lógica; metodología sistemática; actitud antimitológica; científicidad; grafidad; individualidad del sujeto (pensadores históricamente identificables)".⁴ Concepción universalista que incluso algunos europeos ya no están dispuestos a defender. Por ejemplo, el germano Josef Estermann señala que esta manera de entender la filosofía sólo como técnica y ciencia, dio por resultado "un cuerpo anémico e inanímico [de definiciones], como 'ciencia estricta' (Husserl), 'análisis lingüístico' (Carnap) o hasta mera historia de la filosofía' (en la filosofía académica contemporánea)".⁵

En este orden de ideas, la defensa llevada a cabo por Cerutti y Magallón está destinada a sustentar la autenticidad del filosofar latinoamericano. Y en este punto nos surgió una duda, por qué cuestionar la filosofía desde la historia de las ideas, si es obvio que son disciplinas diferentes.

Con base en esta duda central, trataremos de resolver dos temas cuya relación es innegable: primero, cuándo nace la historia de las ideas y con qué características y, segundo, cuál es la peculiaridad de la historia de las ideas en nuestra América y cuándo nace ésta.

los filósofos que cultivan esta misma rama de la reflexión filosófica se interesan por conocer sus trabajos, lo que los ha motivado a cultivar el estudio de la Filosofía Latinoamericana. Cf. Guillermo Hurtado, "Enciclopedia de Filosofía" y Carlos Pereda, "¿Qué puede enseñarle el ensayo a nuestra filosofía?", en Juan Cristóbal Cruz Revueltas, coord., *La filosofía en América Latina como problema y un epílogo desde la otra orilla*, México, Publicaciones Cruz O, 2003.

⁴ Josef Estermann, *Filosofía andina, estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*, Quito Ecuador, Abya-Yala, 1998, p. 17.

⁵ *Ibid.*, p. 16.

LA HISTORIA DE LAS IDEAS, ARTHUR O. LOVEJOY

La historia de las ideas inicia con la obra de Arthur O. Lovejoy, *La gran cadena del ser*. El autor señala que esta disciplina posee un carácter:

A la vez, más específico y menos restrictivo que la historia de la filosofía. Se distingue, en primer lugar, por el carácter de las unidades de que se ocupa [...] Emplea el mismo material que las demás ramas del pensamiento pero divide este material de una manera especial, ordenando sus partes en nuevos agrupamientos y relaciones, y lo considera desde el punto de vista de un propósito diferenciado.⁶

A diferencia de las historias de las doctrinas filosóficas en las que sólo se enfocan las ideas afines de un grupo de pensadores, presentándolas con carácter de homogeneidad y continuidad, la historia de las ideas se encarga de descomponerlas en sus elementos, esto es, como ideas singulares. Y es que las doctrinas o sistemas de pensamiento, se clasifican habitualmente como "ismos" (idealismo, romanticismo, racionalismo, trascendentalismo, pragmatismo etc.), que en realidad son "casi siempre un conglomerado complejo y heterogéneo [de ideas, que] muchas veces [siguen] derroteros que el propio filósofo no sospecha".⁷

Para Lovejoy la originalidad no radica en el conglomerado, sino en las ideas singulares que lo conforman, que encadenadas sistemáticamente le dan sentido a la doctrina. Por lo que el historiador de las ideas deberá enfocarse al estudio de esas

⁶ Arthur O. Lovejoy, *La gran cadena del ser. Historia de una idea*, Barcelona, Icaria Antrazyt, 1983, p. 10.

⁷ *Ibid.*

unidades, lo cual implica el análisis de la lógica que las une, de aquello que las explica en su origen, de las razones sutiles que ha hecho de estas ideas unidades trascendentes a través del tiempo.

Así, la historia de las ideas desconstruye y averigua los motivos, en tiempo y lugar, y las razones culturales, como factores de la aparición de cualquier concepto e idea. Por ello, esta disciplina no puede prescindir de la historia ni de muchas otras disciplinas auxiliares.

A pesar de que en su trabajo Lovejoy desarrolla una serie de propuestas metodológicas en las que se incluyen iniciativas como el análisis de: a) los "supuestos explícitos, o no completamente implícitos, o bien, hábitos mentales, más o menos inconscientes, que actúan en el pensamiento de los individuos y las generaciones",⁸ b) "el estudio de las frases y palabras sagradas de un período, o de un movimiento, con vista a depurarlas de ambigüedades",⁹ y c) "se ocupa especialmente de las manifestaciones de las concretas ideas singulares en el pensamiento colectivo de grandes grupos de personas".¹⁰ Sin embargo, en su trabajo Lovejoy no desarrolla el estudio del contexto ya que sigue los primeros cuestionamientos de la teología metafísica sobre las razones del ser en el mundo, cuyas primeras formulaciones fueron realizadas por Platón y luego sistematizadas por los neoplatónicos, y así continúa citando las reflexiones de diversos filósofos.

Esto último nos da pauta para desarrollar las características de la historia de las ideas en América Latina.

⁸ *Ibid.*, p. 14.

⁹ *Ibid.*, p. 22.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27.

LEOPOLDO ZEA Y EL NACIMIENTO DE LA
HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA

El primer trabajo estudio la manera en que la realidad histórico-social provocó un proceso de resignificación de las ideas filosóficas llegadas de Europa. Leopoldo Zea, en su obra *El positivismo en México* (1943), expuso los sucesos sociales que nuestro país experimentó a finales del siglo XIX y principios del XX. Con base en el análisis desarrollado, nuestro pensador explicó que las adaptaciones que se hicieron de las ideas positivistas obedecieron a las exigencias sociales de una época.

Posteriormente el filósofo mexicano explicó el problema de todo filosofar, incluyendo el latinoamericano:

El tema de este trabajo, el positivismo en México, plantea en su mismo título lo que ha sido el problema de toda filosofía; se puede decir, el problema de la filosofía. El problema que plantea es el de las relaciones entre filosofía e historia, entre las ideas filosóficas y la realidad de las cuales han surgido estas ideas.¹¹

El trabajo de Zea enfrentó dos retos: el primero, no circunscribirse a las ideas como las concebían los positivistas, como perennes y científicas, en donde lo importante eran las ideas en sí, por lo tanto, carecían de interés los seres humanos que las descubrieron, su biografía e historia, así como la cultura en la que se educaron; el segundo reto consistió en enfocar las modificaciones que los mexicanos llevaron a cabo y el por qué de ellas.

¹¹ Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE/SFP, 1992 (*Lecturas Mexicanas*, núm. 81), p. 17.

Avanzando sobre estos desafíos Zea señaló el error de considerar la nacionalidad como un mero incidente, ya que toda reflexión, tanto en México como en el resto del mundo, ha obedecido a la necesidad de ofrecer respuestas a las dudas y problemas específicos de cada grupo humano.

Por ejemplo, una de las diferencias doctrinarias que se perciben entre el positivismo comtiano y el mexicano, es el cambio del lema, "amor, orden y progreso"; por el de "libertad, orden y progreso", que obedeció a la necesidad de relacionar a esa doctrina filosófica con el liberalismo que ya había arraigado en nuestro país. Para Zea, Barreda en su *Oración Cívica*, fue el primero que expuso esta interpretación de continuidad.

En esta interpretación, el espíritu positivo encarnaba en las fuerzas del clero y el militarismo. La divisa comtiana de amor, orden y progreso fue también alterada cuando Barreda habló de libertad, orden y progreso. Por medio de dicha alteración y por medio del anticlericalismo sostenido en dicho discurso logró Barreda atraer en principio el interés y aprobación de los liberales. Fue este presentar la doctrina positivista como una doctrina liberal y anticlerical lo que de seguro hizo que los liberales mexicanos prestasen su confianza a la reforma educativa encomendada a Barreda.¹²

En México se dio una lucha contra al principio positivista, el cual declara que el Estado debe intervenir para guiar a los individuos, y debe privilegiar las metas sociales por sobre las individuales. Así, en nuestro caso, el poder político fue cedido a un "hombre fuerte", considerado, en su momento, como el único capaz de imponer el orden: Porfirio Díaz. Años más tarde

¹² *Ibid.*, p. 106.

Justo Sierra afirmó que se había sacrificado la evolución política en aras de la evolución social, con la intención de desarraigar la anarquía instalada en la mente de los mexicanos. En este sentido, Zea concluyó en su análisis que la validez universal debe buscarse en la forma personal y circunstancial en la que se interpretaron los filosofemas del positivismo, no en la doctrina comtiana.

Las investigaciones de Leopoldo Zea le merecieron el crédito de ser el primer pensador latinoamericano al que le corresponde el mérito de haber logrado "la constitución de la historia de las ideas como un campo disciplinar particular".¹³

Para Elías Palti, uno de los aspectos importantes de la obra de Zea son las reflexiones por él construidas porque correspondieron a su época, caracterizada por una débil institucionalización académica, lo que permitió a las consideraciones ideológico-políticas tener campo abierto para intervenir activamente sobre la realidad. Para Elías Palti, el estudio de los filosofemas en los que el filósofo mexicano encontró las variaciones de sentido con respecto a los conceptos de la filosofía universalista, conllevó al error de "percibir la propuesta temprana de Zea como una variante neorromántica (orientada a la búsqueda y definición de la 'peculiaridad' local), oscureciendo aquellas innovaciones teórico-metodológicas que la misma introdujo en el campo".¹⁴

Los aportes de Zea recaen en la aclaración de que las ideas no son importantes por su relación con el reino de lo eternamente válido, tal y como pretende la filosofía academicista, sino que su validez depende de su relación con la

¹³ No que haya sido el primero, ya que obras como las de Silvio Romero, *A filosofía no Brasil*, por otra parte de José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, atestiguan que ya se habían desarrollado algunos trabajos. Para confirmar estas ideas, cf. Elías José Palti, "Leopoldo Zea y la historiografía de ideas en América Latina", en Alberto Saladino y Adalberto Santana, comps., *Visión de América Latina. Homenaje a Leopoldo Zea*, FCE-CONACULTA-INAH-IPGH-CYDEL-CEPE-DGB-FFYL, 2003, p. 159.

¹⁴ *Ibid.*, p. 160.

circunstancia en la que fueron expresadas. Ahora bien, esto último nos permite conectar lo hecho por Lovejoy con el trabajo realizado por Leopoldo Zea y las propuestas de Mario Magallón y Horacio Cerutti.

CONCLUSIONES

Para exponer las conclusiones de esta ponencia consideramos importante citar a Mario Magallón y Horacio Cerutti, quienes en su libro señalan su concepción de historia de las ideas:

[Ésta] se concentra en estudiar el surgimiento de las ideas en el tiempo y cómo son producidas por seres humanos concretos en un segmento histórico específico y acotado espacial y temporalmente. Responde así a la necesidad de explicar la realidad circundante con un enfoque muchas veces opuesto a ortodoxias y presuposiciones recibidas. Los(as) historiadores(as) de las ideas muestran las formas en que los seres humanos han pasado y enfrentado su realidad, llevándola a la luz donde pueden ser abiertamente criticadas y evaluadas.¹⁵

Es claro que su enfoque hacia la historia de las ideas parte de supuestos muy parecidos a los descritos por Lovejoy, especialmente al esclarecer que “quien historia las ideas no busca, de entrada, los grandes sistemas, sino las ideas y categorías que sirvieron a los seres humanos para analizar y enfrentar los problemas de su realidad específica; la manera de interrogarla”.¹⁶ Por ello, afirman que la disciplina está marcada por el problema de la dispersión y de la variación.

¹⁵ Cerutti y Magallón, *Historia de las ideas latinoamericanas*, p. 18.

¹⁶ *Ibid.*, p. 21.

Al reafirmar los factores que condicionan el origen de una idea, reafirman también el carácter interdisciplinario de las investigaciones, único medio válido para lograr desentrañar los aspectos contextuales de una época en los distintos campos en que se desenvuelve el ser humano. Cabe aclarar que para ellos es de primordial importancia aclarar que "se trata de no caer en la inmutabilidad y en el congelamiento del conocimiento".¹⁷

Partiendo de la concepción de que las ideas son dinámicas en espacio y tiempo, los pensadores latinoamericanos han enfatizado su papel concreto, es decir, la manera cómo se han manifestado en la realidad, formando parte de la búsqueda interminable de soluciones a los problemas de nuestra región: "se examina la precisa adecuación del pensamiento a la realidad, a través de respuestas a las preguntas planteadas buscando dar solución a problemas concretos".¹⁸

Ahora bien, es posible relacionar estas últimas reflexiones con los postulados de Lovejoy, recordando que para él la historia de las ideas consiste en aislar las ideas básicas de la metafísica acerca del ser. Una vez aisladas éstas, debe realizarse un seguimiento a través de la historia del pensamiento de determinados filósofos y momentos históricos. Sin embargo, Cerutti y Magallón afirman que "no se puede [ni se debe] hacer historia inmanentista de las ideas, o sea, de las ideas por las ideas, exclusivamente desde una visión idealista según la cual la realidad estaría (pre)determinada por el pensamiento o a través de una razón lógica".¹⁹

Tomando en cuenta la opinión de los latinoamericanistas, "la gran cadena del ser" se constituye como un trabajo idealista en tanto que privilegia la gran pregunta ¿qué es el ser?, por encima de otras ideas que también han conformado el pensa-

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 26.

miento europeo y están enfocadas a atender los problemas humanos más urgentes.

Por ello la historia de las ideas latinoamericanas no puede prescindir de la "historia de las ideologías, de las sociedades y sus transformaciones, porque no es posible hablar de una historia, cualquiera que ésta sea, sin tomar en cuenta la historicidad concreta de específicas formaciones sociales".²⁰ Para Magallón y Cerutti:

Es menester examinar la historia de las ideas filosóficas y de la filosofía latinoamericana en marcos actualizados. Reconstruyendo contextos, encuadres ideológicos, enfoques semióticos, abrirse más allá de las instituciones educativas formales, como universidades y colegios o seminarios, incorporando el pensamiento de las rebeliones indígenas y de las sublevaciones negras etc. También reconstruyendo las relaciones con el pensamiento de Asia y África.²¹

Finalmente, sólo nos resta señalar que consideramos que por el conocimiento que nos brinda de nosotros, de nuestra manera de concebirnos a través de la historia, la historia de las ideas es una disciplina que debemos seguir cultivando en Latinoamérica.

²⁰ *Ibid.*, p. 27.

²¹ *Ibid.*, p. 45.